

INTRODUCCIÓN



La tarde pesaba, caliente y húmeda. Había barrunto de lluvia cuando llegué al cementerio conocido como Las Mercedes –“Las Mercedes Memorial Park” es el nombre oficial– en busca de la tumba de sor Isolina Ferré. Situado a las afueras de Ponce, en la carretera 14 que luego se interna por las montañas y llega hasta Aibonito y Cayey, es un cementerio nuevo. Perteneció a la familia Serrallés; por eso lleva el emblemático nombre que se repite en esa familia, incluso en sus propiedades.

Las montañas, parte de la cordillera que divide a la Isla en un Norte y un Sur no por próximos menos diferentes, se veían cercanas; habían adquirido un tinte azul que les prestaba un aire misterioso. El verde de la vegetación se había tornado oscuro, tenebroso, algo poco común en una isla que abunda en matices deslumbrantes. La hierba bajo mis pies, sin embargo, húmeda tras un chubasco reciente, era de un verde fresco y nuevo.

No hay mausoleos en este cementerio, ni panteones, ni capillas. Los ataúdes descansan en la tierra misma, a la usanza de los camposantos del norte. Lo que se ve, al abarcar el recinto con la mirada, es un jardín de flores: cada tumba tiene encima una maceta o un florero. Aquel día, todos estaban repletos de ofrendas florales.

Mi búsqueda de sor Isolina Ferré empezó allí. Religiosa perteneciente a la congregación de las Hermanas Misioneras de la Santísima Trinidad, la ponceña sor Isolina –tras pasar casi una tercera parte de su vida en los Estados Unidos, trabajando en comunidades marginadas– regresó a su isla de origen en 1968 e inició una labor de rescate de la Playa de Ponce, sector deprimido de esa ciudad. No fue el suyo un simple misionar al uso, ni un ejercicio dadivoso de caridad. Lo que llevó a cabo fue una obra de envergadura que regeneró y le devolvió la confianza a una comunidad. Eficaz en el lugar donde la inició, lo fue también en otros lugares de la Isla y aún sirve de modelo para otros.

No es que ella fuera –hay que decirlo– una monja convencional; era una socióloga profesional. Eso y sus experiencias previas le permitieron utilizar métodos innovadores de inserción e intercesión en la Playa, que les dieron a sus habitantes los instrumentos adecuados para superarse. Más que nada, sin embargo, fue su visión de cómo es posible ayudar para que la gente misma se ayude y adquiera consciencia de su dignidad –visión que el tiempo y las experiencias habían clarificado– lo que le permitió obrar una auténtica revolución de valores que transformó a varias comunidades. Para entender el crimen y sus causas, convivió con los criminales; para entender la pobreza, se hizo pobre; para remediar el desamparo, se convirtió en maestra, abogada e intercesora incansable de quienes no tenían recursos para superar su situación. Fue madre, amiga, consejera, compañera. Y a todos les proveyó los medios para que ellos mismos se hicieran cargo de mejorar sus vidas.

Su labor se plasmó en un sistema de centros que hoy llevan su nombre y que, en varios sectores del país, han seguido afirmando aquella visión suya, instrumental para devolverles a los marginados la dignidad y el respeto propios, permitiéndoles alcanzar una plenitud de vida que integra no solo lo físico y lo profesional, sino también lo espiritual.

Mi intento de conocer y explicar una vida que, como todas, fue singular pero que, más que eso, fue verdaderamente excepcional, empezó con la visita al lugar donde descansa ahora su cuerpo tras los trajines de su actividad incansable. Allí estaba su final, ¿o sería su principio? Para los primeros cristianos, la muerte era el *vere dies natalis*, es decir, el día del verdadero nacimiento: la puerta a la vida eterna.

¿Por qué no había ido yo primero a la Playa de Ponce, sede inicial de su actividad en el país? ¿Qué buscaba en aquel cementerio florido, vacío del fragor del movimiento cotidiano, pero pleno de ecos inaudibles, de recuerdos intangibles de las muchas vidas vividas por quienes allí estaban enterrados? Sobre las lápidas había miles de nombres escritos con fechas pertenecientes a

épocas remotas o recientes; miles de hombres y mujeres yacían solos o próximos a sus familiares. ¿Estaría yo –en medio de aquella compañía invisible– buscando inútilmente el espíritu vivo de sor Isolina entre quienes eran ya tan solo ausencias? El misterio de la muerte se hacía patente en aquel lugar que impresionaba tanto por su silencio como por su belleza.

Tan pronto encontré su tumba me di cuenta de que no me había engañado la intuición que me llevó a lo que se suele denominar “la última morada” de los humanos. La localicé fácilmente. Se identifica como la D-1-J-20 y queda debajo de un árbol cercano a la entrada, próxima a otras varias, pero un tanto alejada de la de su hermano Luis, el gobernador, situada al otro lado de la calle que divide el cementerio. Mucho más cerca se encuentra la tumba de su chofer, tumba que le cedió ella –de las cinco que le había regalado la familia Serrallés– a quien le había servido en vida pero no había tenido dónde enterrarse en la muerte. José Dolores Zayas la acompaña en su último viaje como la acompañó antes en innumerables otros en su misión de llevar la buena nueva de la dignidad humana.

Sobre la lápida en bronce de la tumba que lleva su nombre tallaron en bajorrelieve el busto de sor Isolina y –debajo– el símbolo trinitario y circular de su congregación, las *Missionary Sisters of the Most Blessed Trinity*. Tallaron también las fechas que marcan el tiempo de su vida, del 5 de septiembre de 1914 al 3 de agosto del año 2000: 86 años de actividad incansable impulsada por una visión, por una pasión; 86 años de dedicación y entrega, de sueños, conflictos y trabajos; 86 años de reflexión y oración. Ella misma dejó escritas las palabras que se leen allí:

MI VIDA ENTERA NO HA SIDO MÁS QUE UNA LARGA
BÚSQUEDA DE DIOS. POR TODAS PARTES, SIEMPRE,
A TODAS HORAS, HE BUSCADO SU HUELLA
O SU PRESENCIA. LA MUERTE NO SERÁ PARA MÍ
MÁS QUE UN MARAVILLOSO ENCUENTRO
CON EL SEÑOR.

Tales palabras no dejan lugar para la duda: la vida de sor Isolina no obedeció a un plan dictado por el azar, la suerte o la fortuna. Siguió más bien una ruta trazada por su voluntad y guiada a cada paso por la providencia de Dios, a quien se había adherido fielmente, apasionadamente, desde la juventud. Ella misma lo había escrito: “No somos actores interpretando un papel fijado por el destino, sino tejedores de las circunstancias azarosas de nuestro vivir”.

Aquella tumba no era su final; más bien testimoniaba su plenitud; el encuentro definitivo con Aquel cuyo rostro había buscado en los de todos aquellos que la rodearon a lo largo de su existencia terrenal.